

ADORACIÓN

EL FIN DE LA FE Y DE LA VIDA

XXVIII Dom. C – 9-X-2022
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?»

Vemos en el Evangelio algo que nos puede parecer simplemente el ejemplo de cómo los hombres solemos ser ingratos y desagradecidos. Jesús cura milagrosamente a diez leprosos. ¡Y la lepra era terrible, no solo por la enfermedad en sí, sino por la vida de miseria y de apartamiento que debían llevar los contagiados! Jesús cura a diez leprosos y solo uno —para más inri un samaritano—, vuelve para dar gracias. La moraleja sería sencillamente que debemos ser agradecidos, sobre todo con Dios. Y eso, desde luego, debe ser así. Ninguno de nosotros puede pagar a Dios por todo el bien que nos ha hecho, por su perdón y por su amor. No podemos pagarle el don de la existencia, ni el don de la encarnación, ni el don de su muerte en la cruz por nosotros, ni una gota de la sangre que allí vertió, ni el don del bautismo... ¡Todo el oro de este mundo no podría comprar una sola gota de la sangre que el Hijo de Dios vertió por nosotros! Lo único que podemos hacer es dar gracias. Eso es así.

En la primera lectura, el sirio Naamán, curado de la lepra, quiere dar gracias a Dios llenando de regalos al profeta Eliseo. Eliseo rechaza todos los regalos y, entonces, el general sirio dice algo que nos pone en la pista de lo que va más allá de la gratitud. Le dice Naamán a Eliseo que **se va a llevar tierra, tierra de Israel consigo a su país, la que puedan cargar un par de mulos, para ofrecer, ya en su país, sobre esa tierra de Israel, sacrificios al Dios de Israel, al Dios que le ha curado de la lepra**. Muchos pueblos antiguos pensaban que cada nación tenía un dios que mandaba sobre su territorio, sobre su tierra, por eso para ofrecer sacrificios al Dios de Israel quería tierra de Israel. Eso formaba parte de la ignorancia del sirio sobre el Dios verdadero, que es el Dios de toda la tierra. Pero, sin embargo, el sirio dice algo muy importante que expresa que había entendido lo fundamental. Dice: **«porque tu servidor no ofrecerá ya holocausto ni sacrificio a otros dioses más que al Señor»**. Es decir, a partir de ahora solo adoraré al Dios de Israel. Esto es la fe llegando a su término: no solo reconoce que es el Dios de Israel quien le ha curado, sino que se entrega a él y solo a él en el acto más humano, que es el de adoración a Dios. La fe lleva al reconocimiento, al agradecimiento y a la adoración, que es el reconocimiento amoroso de que solo Dios es Dios y la entrega a él.

Volvamos al Evangelio. Vuelve el samaritano a Jesús después de verse curado de la lepra. Los otros también se han visto curados, pero no vuelven. Irían corriendo donde los sacerdotes

del templo de Jerusalén para que certificasen su curación y así poder retomar una vida normal, no la vida de miseria y de apartamiento por los bosques y por las cuevas a las que estaban condenados los pobres leprosos.

El samaritano vuelve donde Jesús. Así reconoce que Jesús le ha curado y, postrado a sus pies le da gracias. El postrarse a los pies de Jesús es el gesto de la adoración. En griego, adoración significa «postrarse», expresando que uno reconoce la grandeza de otro y se pone a su entera disposición. En latín, la adoración, literalmente significa «acercar los labios», «besar». Entre el significado propio del griego y del latín, tenemos lo que realmente es la adoración: un reconocimiento amoroso de Dios y una entrega amorosa a él. Es lo que hace el samaritano poniéndose a los pies de Jesús. No se acerca, le mira a los ojos y le da un abrazo, o el beso de la paz propio de los judíos, o un apretón de manos. No. Se echa a sus pies. Es el gesto de la adoración. Y solo se adora a Dios.

Así lo interpreta Jesús, que hubiese querido que todos hubiesen vuelto de la misma forma: **«¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?»**

El extranjero ha reconocido en Jesús a Dios, ha vuelto a él y lo ha adorado. La fe lleva hasta este punto de reconocimiento y entrega amorosa a Dios, que nos sale al paso en Jesús. Cuando me postro y adoro, reconozco la verdad de que solo Dios es Dios, de que yo no soy Dios, la verdad de que dependo de Él, confieso mi amor y solo así me adentro en la vida de Dios, que es nuestra salvación.

«Levántate. Tu fe te ha salvado». La salvación no estaba en la curación de la lepra, sino en la fe que nos lleva a la adoración del Dios verdadero y a la comunión con él.

¿Qué haremos nosotros? El domingo es el día que nos invita a reconocer que la salvación no viene de nuestro trabajo, el que desarrollamos durante los otros días de la semana, sino que solo nos viene de Dios, al que escuchamos, del cual recibimos todos los dones, ante el cual nos postramos, al cual amamos. Eso es el domingo y el precepto dominical: no solo venir a Misa, sino descansar de nuestra propia obra, para mirar a Dios y postrarnos ante él. Quien haga esto no solo externamente, sino de corazón, puede escuchar dirigidas a él estas palabras de Jesús: **«Levántate. Ve en paz; tu fe te ha salvado».** Esforcémonos por ser hombres de verdad, adorando a Cristo como verdadero Dios.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.